

América Latina: cultura y modernidad

José Joaquín Brunner
México, Grijalbo/CONACULTA, 1993.

Raquel Sosa Elízaga

Si todos los libros son un encuentro con un autor, éste es, en estricto sentido, el encuentro con una época y con una corriente de pensamiento. Brunner nos da la rara oportunidad de confrontar el proceso de configuración y modificación sustancial de su pensamiento político y cultural (que comparte con una parte de su generación) a lo largo de una década. El libro es, por lo mismo, una biografía política y un ajuste de cuentas personal respecto a acontecimientos traumáticos de la vida chilena, de la Unidad Popular a la llamada transición democrática del gobierno posdictatorial.

En estricto sentido, es un libro que podría y tal vez debiera leerse de atrás para adelante, es decir, desde evaluaciones marcadas por el exilio posterior a la experiencia del gobierno de Salvador Allende, pasando por las sucesivas mutaciones a que obligó al autor el retorno y su adaptación al modelo económico y político impuesto por la dictadura, para terminar con sus observaciones sobre la escena cultural contemporánea chilena y sus peculiares aproximaciones a la "modernidad".

Así, para comenzar por el principio, es decir, el final, Brunner nos presenta de la siguiente manera la experiencia social vivida desde el gobierno popular:

Cuando se elige, en 1970, al gobierno del presidente Allende, efectivamente todo se vuelve una especie de tumulto. Esa política que invade las calles, las escuelas, los hogares, las iglesias, transformando a su paso las viejas relaciones de autoridad, impugnando privilegios heredados desde antiguo, cambiando la escena pública y reorganizando la vida privada de las familias. La democracia hacía posible y empujaba este proceso de politización...¹

¹ "Chile, otro país", p. 352.

La explosión de una cultura democrática y la pretensión de una nueva política cultural y comunicativa durante los años de 1970 a 1973 serían aplastadas, sin embargo, con el golpe militar, que introdujo, en palabras del autor, “una discontinuidad en el tiempo histórico de Chile como nación, marcando de paso el desgarramiento de varias generaciones político-intelectuales”.² La política represiva del régimen pinochetista constituyó una flagrante violación al derecho de las masas a manifestarse libremente, a conformar sus propias opciones culturales e ideológicas y, en fin, a construir un “hombre nuevo” en una sociedad en que “todo es posible”.³

Breves aproximaciones a un problema complejo, que en lo que podríamos llamar la segunda parte del libro (que en este caso efectivamente lo es) dan lugar a observaciones completamente contradictorias con las anteriores. La evaluación del gobierno popular que el mismo autor realiza en un momento posterior, se vuelve cruda y ruda:

Parece correcto pensar que el 11 de septiembre de 1973 es a la vez la derrota de un proyecto de izquierdas y la consumación de los resultados provocados por el despliegue de ese proyecto. El 73 se produce porque la izquierda chilena es tal como se expresa en su gobierno y, por tanto, porque acarrea tras de sí la historia y los déficit que ya hemos visto, y no por la mera existencia de un gobierno de izquierdas. La izquierda es por eso la primera responsable de su derrota; no la derecha o el imperialismo. El gobierno cae porque ha fracasado; no viceversa. En otras palabras, si es el país el que hace posible el triunfo de la izquierda primero, luego condiciona su fracaso. Es su cultura progresista (...) la que impulsa a la Unidad Popular al gobierno. Es esa misma cultura, insuficientemente y sólo superficialmente democrática, la que permite que una parte significativa del país se levante contra el gobierno y haga posible el golpe militar.⁴

Brunner pasa de la euforia al desencanto. Quienes antes le parecieron protagonistas de una política cultural abierta y democrática se le presentan ahora como “insuficiente y superficialmente” democráticos, y aún responsables de sus propias desgracias y de las de otros. Es éste el periodo (en torno a la segunda mitad de la década de los ochenta) en que Brunner vuelve a su país y se une a quienes, con Norbert Lechner a la cabeza, participan de la cultura del “desencantamiento”, como ellos mismos la llaman. Sus antiguos camaradas son para

² “Entre la cultura autoritaria y la cultura democrática”, p. 363.

³ Cf. pp. 365 y 366.

⁴ “Cultura y política en la lucha por la democracia: la vieja y la nueva izquierda”, p. 298.

ellos “fundamentalistas”, principistas intransigentes que provocaron la respuesta de militares tan intransigentes como ellos, pero portadores de un “nuevo orden” que restableció la estabilidad en su país. Los desencantados clamaban, en esos años, por la superación de este segundo fundamentalismo (el militar) no para devolverle vida al allendismo, sino para conformar una nueva civilización, basada en la “secularización de la política”, es decir, en la desideologización de los programas políticos, en la apertura a lo que Lechner ha llamado el “nuevo orden posible” –tutelado, a pesar de todo, por quienes impusieron el orden durante la dictadura.⁵

En este proceso de adopción de una visión pragmática de la política, Brunner analiza las políticas culturales de diversos regímenes, tomando como modelo sociedades y situaciones más o menos alejadas de los vericuetos de la vida política chilena: la experiencia húngara, basada en lo que él llama el modelo leninista-totalitario; la perspectiva italiana, propuesta por Gramsci y aplicada parcialmente en los años setenta por el Partido Comunista Italiano; y el fascismo italiano de los años treinta.

Llegamos así al meollo del texto, el momento en que el autor toma partido por la modernidad y rechaza explícitamente todo lo que recuerde los sueños folclóricos de años previos sobre identidad cultural, soberanía, democracia y cultura popular. Todo lo que quede fuera de la moderna industria cultural, de sus medios y de los inmensos poderes económicos que la presiden, será inevitablemente absorbido, desde su punto de vista, por ella.

(...) hablar hoy día de una seudomodernidad, de una modernidad mentirosa, como de un mero producto de élites intelectuales, es colocarse de espaldas al hecho de que la modernidad reina, antes que todo, en la cultura de masa, y penetra todo el campo de la producción cultural; marginalizando casi por completo aquellas culturas que se mantienen en circuitos que operan por fuera del mercado y que se basan en matrices de producción y reproducción ajenos a la escuela, los medios de comunicación y la industria cultural. Pero incluso dichas culturas, llamémoslas populares, autóctonas, alternativas, de resistencia o como se quiera en cada caso, son ya parte de esta modernidad; se definen en relación a ésta y poco a poco van integrándose en la cultura de masa, perdiendo allí su especificidad o sirviendo, por el contrario, como un código de aprobación y reelaboración de ésta.⁶

⁵ “Experiencias de la modernidad”, pp. 112 y 113.

⁶ “Entonces, ¿existe o no la modernidad en América Latina?”, p. 131.

En un acto de verdadera prestidigitación teórica, Brunner desaparece, un poco más adelante, a la cultura popular. Deshace el concepto y llega a la conclusión de que no hay en él una concepción del mundo, que no encarna formas de organización alternativas y que no constituye propiamente un proyecto en conflicto con la cultura dominante. Esa “representación simbólica de los grupos subalternos”, débil y en vísperas de ser subsumida en la industria cultural de la modernidad, termina pareciéndole, en realidad, una “no cultura”.⁷

En estas condiciones, no queda a los intelectuales sino readscribirse en el mundo de lo realmente existente, que es esa modernidad pragmática que los ha convertido en técnicos, transmisores de conocimientos fabricados fuera de ellos mismos y fuera de la sociedad que los recibe. La divisa de los nuevos intelectuales es la eficiencia, y la medida de su incorporación al mundo electrónico, su nuevo Príncipe. En ese entendido, no constituirá para ellos un problema la definición de un compromiso social, cultural y menos político: basta con que se coloquen a disposición de los circuitos del mercado al que prestan –ahora sí incondicionalmente y sin temores– sus servicios. Atrás queda la historia; atrás, su pasado de sufrimiento e inquietud.

(...) el intelectual se halla descentrado respecto a las clases y los conflictos fundamentales que se encuentran en la base de cualquier sociedad, pero en cambio se halla centrado en relación al poder. Su autonomía le pone en disposición, casi le convierte en un mecanismo de generación de formas siempre renovadas de dominación. Es, por excelencia, el procurador de la legitimidad de la dominación... A cambio, el intelectual exige la cercanía del poder, los privilegios de la dominación, el acceso a los medios para crear, celebrar y compartir el poder.⁸

Asumidas las nuevas condiciones, y de acuerdo con este nuevo género de profesionales “autónomos” pero “ceranos al poder y a sus privilegios”, los intelectuales, y el autor entre ellos, se encuentran en condiciones, no sólo de celebrar la refundación social que se ha producido en Chile, como explícitamente plantea en el último ensayo del texto, de compartir las responsabilidades (en todos sentidos) de un gobierno de transición que ha hecho todo menos ajustar cuentas con su pasado inmediato, sino de proponer, a su modo, una nueva perspectiva de la cultura en la que la modernidad televisiva, la cultura transnacionalizada y la marginación popular se conviertan en elementos estructuralmente incorporados a un nuevo esquema “democrático” en que la cultura sea el

⁷ *Ibid.*, p. 143.

⁸ “Intelectuales y democracia”, pp. 186 y 187.

patrimonio de técnicos, "racionalidades aplicadas", "simbologías heterogéneas", ajenas a toda pretensión previa de cultura nacional, de recuperación latinoamericana, e incluso de democracia plena en ese viejo sentido que más de alguno de nosotros se empeña todavía en defender. Allá nosotros y nuestro premodernismo.